Determinismo geográfico y peninsularidad en los orígenes del iberismo (1820-1868)

Geographical determinism and peninsularity in the origins of Iberism (1820-1868)

César RINA SIMÓN
Universidad de Extremadura/ Universidade Nova de Lisboa

Juan GARCÍA-GARCÍA
Universidad de Extremadura

RESUMEN:
Este artículo es un acercamiento a las narrativas espaciales que plantearon los iberistas del siglo XIX, específicamente a la noción geográfica de ibericidad o peninsularidad, es decir, la idea de que la Península conforma un cuerpo geográfico homogéneo escindido por la historia o la voluntad, pero no por causas *naturales*. Hemos centrado nuestra investigación en el período que va desde las revoluciones liberales peninsulares hasta el derrocamiento de Isabel II, marco cronológico en el que se configuraron los modelos nacionalistas de España y Portugal en paralelo a las proyecciones iberistas que plantearon una unión sustentada en criterios geográficos, historicistas y/o progresistas. La amplia literatura generada por los *administradores* de los bienes simbólicos de las naciones en construcción configuró en el ámbito peninsular una mirada ibérica que, si bien no se tradujo en una unidad política, sí asentó la idea de Iberia como un espacio particularizado y susceptible de historiarse en clave de unidad.

PALABRAS CLAVE: Iberismo; nacionalismo, Estado-Nación; giro espacial; peninsularidad.

ABSTRACT:
This article is an approach to the spatial narratives proposed by the Iberists of the 19th century, specifically the geographical notion of Ibericity or Peninsularity: the idea that the peninsula is a homogeneous geographic *body* divided by history, but not for *natural* reasons. We have focused our research on the period from the Peninsular liberal revolutions to the overthrow of Isabel II. Within this chronological framework, nationalist models were configured in parallel with the Iberist draws that proposed a union based on geographical, historical, and progressive criteria. The extensive literature generated by the *administrators* of the symbolic assets of the nations configured an Iberian perspective which, while not translating into political unity, did establish the idea of Iberia as a particular space, which might be historically understood as unified.

KEYWORDS: Iberism; Nationalism; Nation State; Spatial Turn; Peninsularity.

CC BY

Artículo recibido el 12-9-2022 y admitido a publicación el 23-10-2022.

> ¿Dónde estaba allí el límite natural que marcara las fronteras de las naciones? ¿Qué cordillera gigantesca, qué río caudaloso, que valle profundo, qué línea, en fin, puso la razón para designar dónde debía concluir España y empezar Portugal? ¿Qué razón hay para que dos pueblos que la naturaleza fundió en un mismo molde, estén separados como si por sus venas corriera sangre distinta, como si no pertenecieran a la familia peninsular por una ascendencia común?
> ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Olózaga. Estudio político y biográfico*[1]

A lo largo del siglo XIX, los procesos de nacionalización que experimentaron las comunidades políticas europeas se apoyaron en un doble marco paralelo de consolidación del conocimiento histórico y geográfico. Ambas disciplinas, dotadas de un aura positivista de cientificidad y, por extensión, de garantía de verosimilitud, generaron un conocimiento nacionalizado sobre el tiempo y el espacio de cada territorio que explicaría su particularidad cultural y su derecho de existencia nacional y que se proyectaría socialmente en la imaginación de los miembros de la comunidad a partir de diversos mecanismos simbólicos y rituales no estrictamente unidireccionales[2]. Escritores, poetas, historiadores y geógrafos con vocación patriótica adquirieron una función de administradores de los "*biens symboliques*" de la nación[3]. Estos bienes eran múltiples, cambiantes según el contexto o marco conmemorativo y, pese a su pretensión de condensar lo nacional en un mito o una imagen unívoca, nunca generaron un consenso pleno entre las culturas políticas ni fueron asumidos de igual forma en el territorio. Así mismo, habría que añadir en el caso de la Península Ibérica la existencia de modelos alternativos al constructo nacional, tanto centrífugos como centrípetos, como fueron los iberismos.

La articulación nacionalista de un tiempo y un espacio determinado formaría parte de los apriorismos kantianos: ambos son parámetros previos a toda experiencia y están determinados por leyes físicas cuyas connotaciones nacionales los *administradores* desentrañaron en clave patriótica. El pasado y el espacio serían, por tanto, condiciones preexistentes a cualquier formulación nacional, que tendría irremediablemente una historia, un recorrido escatológico durante siglos marcada por su voluntad nacional finalista y un territorio comprendido como heredad y solar del devenir de la comunidad. Por lo tanto, asentar los orígenes de la nación en genealogías históricas otorgaba legitimidad de existencia a la comunidad política nacional –confirmada además en una voluntad de largo recorrido temporal– y reivindicaba el derecho de extender su hegemonía sobre todo el territorio. Tiempo y espacio eran conceptos relacionados, por lo tanto, con el presente de la comunidad nacional, proyectados a determinados horizontes

1. Madrid, Imp. de Manuel de Rojas, 1863, p. 466.

2. Remitimos a Benedict ANDERSON, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo,* México, FCE, 2003, [1983] y a Juan GARCÍA-GARCÍA, "Nación, sujeto y psique: la construcción psicológica del nacionalismo", *Athenea Digital,* 15/1 (2015), pp. 333-346. Para el caso español, véase Fernando MOLINA, "La nación desde abajo. Nacionalización, individuos e identidad nacional", *Ayer,* 90 (2013), pp. 39-63, y a Alejandro QUIROGA y Ferran ARCHILÉS (eds.), *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España,* Granada, Comares, 2018.

3. Terminología de Pierre BOURDIEU, *Language et pouvoir symbolique,* París, Seuil, 1991. El papel de estos *administradores* en los procesos de nacionalización, en Anthony D. SMITH, *National identity,* Londres, Penguin, 1991, p. 93; Philip SPENCER y Howard WOOLMAN, *Nationalism,* Londres, Sage, 2002, pp. 74-76; Gerard DELANTY y Patrick MAHONY, *Nationalism and social theory,* Londres, Sage, 2002, p. 17; Tomás PÉREZ VEJO, *Nación, identidad nacional y otros mitos,* Oviedo, Nobel, 1999, pp. 92 y ss.

ideológicos[4]. La Historia se encargó de anclar la comunidad política a un tiempo y un espacio adjetivados como nacionales, territorio y heredad legítima, lo que Henri Lefebvre definió como la "*fétichisation de l'espace*" al servicio del Estado[5]. Esta fetichización, avalada por los *administradores* de los bienes simbólicos de la nación, refrendó la supeditación del espacio-tiempo a las narrativas y al territorio actual del Estado-nación, produciéndose, también según Lefebvre, la "*servitude d'espace*" a las narrativas nacionales.

La noción de tiempo y espacio es incorporada de manera diferente en la experiencia humana, y la preeminencia de un factor u otro puede determinar el horizonte de posibilidades de las culturas políticas. Sirvan como ejemplo los movimientos regeneracionistas en la España contemporánea[6]. Si bien el panlatinismo, y significativamente el hispanoamericanismo, hacían referencia a una continuidad temporal, a determinada narrativa del pasado, el iberismo, en cambio, era una apelación principalmente a un espacio geográfico determinado, la Península. A medida que avanzaba el siglo XIX, las expectativas de regeneración nacional basadas en imaginarios espaciales fueron siendo sustituidas por las temporales que, al tratarse de apelaciones civilizacionales o historicistas sin concretarse en programas maximalistas de unión política, tenían más flexibilidad para adaptarse a las diferentes culturas políticas y servir a un proyecto de regeneración que era discursivo y simbólico[7].

La noción de la Historia y Geografía –las dos metadisciplinas del Ochocientos convertidas en los pilares discursivos de los Estados-Nación y de sus modelos educativos– como disciplinas positivas, dentro del paradigma rankeano[8], dieron carta de veracidad a los mitos, genealogías y representaciones espaciales del territorio nacional[9]. Como sintetizara el escritor portugués Jaime Cortesão en el *Cancionero Popular* de 1913,

4. Se trata de un planteamiento ampliamente aceptado entre la historiografía internacional pese al *boom* neohistoricista y esencialista que está experimentado la disciplina en las últimas décadas. Véase Reinhart KOSELLECK, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos,* Barcelona, Paidós, 1983 [1979]; Francisco Javier CASPISTEGUI, "Los metarrelatos nacionales y el retorno del nacionalismo historiográfico", en César RINA SIMÓN (ed.), *Procesos de nacionalización e identidades en la Península Ibérica,* Cáceres, UEX, 2017, pp. 19-56; Matteo TOMASONI y César RINA SIMÓN, "Ecos imperiales: diálogos sobre la *imperio nostalgia*", *Jerónimo Zurita,* 99 (2021), pp. 11-33.

5. Henri LEFEBVRE, *Le fin de l'histoire*, París, Editions de Minuit, 1970.

6. Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, "Irredentismos ibéricos. Acerca de sobreposições territoriais reais e imaginárias (séculos XIX e XX)", *Revista de História das ideias,* XXXI (2010), pp. 363-388, https://doi.org/10.14195/2183-8925_31_14.

7. Véase la evolución de los iberismos a los hispanoamericanismos en Sérgio CAMPOS MATOS, "Iberismos e hispanismos, entre história e política: tempos e escalas", en ídem y Luis BIGOTTE CHORAO, (coords.), *Península Ibérica. Nações e transnacionalidade entre dois séculos (XIX e XX),* Lisboa, Centro de História–Humus, 2017, pp. 155-174; Maria de Conceição MEIRALES PEREIRA, "Do iberismo ao ibero-americanismo, da federação latina à confederação luso-brasileira: percursos e reflexões de alguns intelectuais portugueses entre os séculos XIX e XX", *Intellectus,* 2/XVI (2017), pp. 23-44.

8. Ver George G. IGGERS, (ed.), *The Theory and Practice of History. Leopold von Ranke,* Londres / Nueva York, Routledge, 2011.

9. Stefan BERGER, (ed.), *Nationalizing the past: historians as nation builders in modern Europe,* Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2010. Jacques LE GOFF empleó el término de "nueva civilización de la inscripción" parar referirse a la alianza entre historia científica y memoria colectiva (*El orden de la memoria. El tiempo como imaginario,* Barcelona, Paidós, 1991); Olivier DUMOLIN, *Le rôle social de l'historien. De la Chaire au prétoire,* París, Albin Michel, 2003. Para el caso español, Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN (ed.), *La gestión de la memoria: la historia de España al servicio del poder,* Barcelona, Crítica, 2000.

los conocimientos científicos y humanísticos construían una "c*onsciência nacional dando-nos a possível unidade finalista* [...] *de todo o alma do povo*"[10]. Tiempo y espacio nacional eran parámetros a *desvelar*. Como ha señalado Koselleck, el concepto de nación, igual que otros conceptos políticos, se vio transformado entre la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del XIX por la escisión entre el campo de experiencias y el horizonte de expectativas. La condición del "ser nacional" abandonó los tapices de palacio y ocupó la centralidad del espacio público, desde entonces marcado por la pulsión identitaria. Asimismo, la idea de nación se ideologizó, pues no se trataba solo de una narrativa o un compendio de condiciones caracterológicas preexistentes de determinado grupo, sino principalmente de proyectos y expectativas en disputa. El círculo se cerraría con la conversión de las ciencias humanas en arietes de nacionalización y de conflicto político[11].

Sin embargo, las narrativas nacionales pronto trascendieron su formato editorial y se engarzaron en los imaginarios culturales de comunidades muy amplias. Las representaciones colectivas, como nos recuerda Roger Chartier, incorporan en los individuos divisiones del mundo social que podríamos denominar pre-operativas y organizan esquemas de percepción y apreciación a partir de los cuales actuamos, clasificamos o juzgamos[12]. De esta manera, el nacionalismo no era solo el resultado de una comprensión elaborada por el Estado y sus agentes culturales, ni tampoco el proceso unidireccional de nacionalización a partir de narrativas patrióticas sostenidas en las aulas. El caso ibérico es paradigmático. El avance de la alfabetización tanto en España como en Portugal fue significativamente lento en comparación al del resto de estados europeos, y sin embargo no lo fue el proceso de nacionalización a partir de conmemoraciones, símbolos, monumentos, rituales, etc.[13]

La noción de *Ibericidad*

Los administradores de los bienes simbólicos españoles y portugueses de comienzos del siglo XIX participaron de estos procesos nacionalizadores que se dieron a escala global, aunque incluyeron dos particularidades que determinarían el contenido, los límites y las formas de entender y experimentar la nación. La primera de ellas sería la derivada de la condición política y geoestratégica. Las coronas española y lusa entraron

10. António MEDEIROS, *A moda do Minho. Um ensaio antropológico,* Lisboa, Colibri, 2003, pp. 28-29. Paula GODINHO nos recuerda que fueron las elites centralistas y letradas las que dieron nombre y jurisdicción a muchos exónimos fronterizos (*O futuro é para sempre. Experiência, expectativa e práticas possíveis,* Lisboa, Letra Livre –A través, 2017). Véase también Maria de Fátima AMANTE, *Fronteira e identidade. Construção e representação identitárias na raia luso-espanhola,* Lisboa, ISCSP, 2007; Donnan HASTINGS y Thomas M. WILSON, *Borders: Frontiers of Identity, Nation and State,* Oxford, Routledge, 1999; Frederick BARTH, *Ethnic groups and boundaries,* Boston, Little Brown, 1969.

11. Reinhart KOSELLECK, "Introducción al *Diccionario* histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana", *Anthropos,* 223 (2009), pp. 92-105; ídem, "El siglo XVIII como comienzo de la edad moderna", en ídem, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional,* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011, pp. 3-18.

12. Roger CHARTIER, "De la historia social de la cultura a la historia cultural de lo social", *Historia Social,* 17 (1993), pp. 97-103. Sobre el giro espacial, véase Eric STORM, "The Spatial Turn", en ídem y Stefan BERGER (eds.), *Writing the History of Nationalism,* Londres, Bloomsbury Academic, 2019.

13 En relación al cuestionamiento de las tesis de la *débil nacionalización* de la España decimonónica, seguimos a Ferran ARCHILÉS, "Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea", en ídem e Ismael SAZ (eds.), *Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea,* Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 245-330.

en la modernidad sumidas en una profunda crisis política: España invadida por las tropas napoleónicas, con la monarquía borbónica retirada y con una situación abierta de guerra civil, y Portugal en situación análoga, con la sede de la corona trasladada a la mayor colonia. En las tres primeras décadas del Ochocientos, ambos estados perdieron sus colonias ultramarinas, literalmente un continente, decenas de millones de kilómetros cuadrados que habían sido el sustento de sus memorias de grandeza en los siglos precedentes[14]. Las narrativas patrióticas adquirían, por lo tanto, una dimensión inmediata de valoración de las causas de la decadencia y de fomento de una regeneración a partir de herramientas patrióticas. Esta tensión entre conciencia decadentista y programas de regeneración no fue exclusiva del contexto finisecular. Al contrario, tal y como ha constatado la historiografía reciente, estuvo presente en los procesos de nacionalización peninsulares a lo largo del todo el siglo[15]. La segunda particularidad fue la condición de *ibericidad*, es decir, la premisa de habitar un espacio que en términos territoriales pertenece a un núcleo geográfico bien determinado y ocupado por dos Estados, naturalmente escindidos del resto de países por fronteras naturales como el mar o los Pirineos. En términos historiográficos, la ibericidad planteaba la cuestión de los orígenes nacionales, que los *administradores* habían situado en la Antigüedad y el Medievo, en tanto que en buena parte de la historia la Península no había presentado escisiones políticas. Este devenir histórico compartido había propiciado una determinada caracterología y esencias culturales que no correspondían con la división contemporánea.

La ibericidad se convirtió en un reto que todo escritor, geógrafo o historiador tenía que explicar en las páginas introductorias de sus obras, especialmente en el caso portugués, que estaba construyendo sus referentes patrióticos a partir de la movilización contra el *enemigo* o *peligro* español que en el Ochocientos habría abandonado el método de la conquista para abrazar otro más acorde a los tiempos modernos: el iberismo, proyecto político-cultural que pretendía acabar con la independencia lusa[16]. Si espacio y tiempo otorgaban carta de naturaleza y legitimaban la existencia de los Estados-nación, y si se hacía evidente que en el espacio peninsular estas fisuras eran "artificiales", podría comprometerse el proyecto de construcción nacional en beneficio de otros articulados en torno a la unidad, bien desde un punto de vista monárquico, bien desde planteamientos federales y republicanos[17]. En este sentido, Adolfo Coelho se lamentaba en 1881 de que los historiadores portugueses diferenciaran la historia de Portugal de la de la Península

14. Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, "Nation-Building and Regional Integration: The Case of the Spanish Empire, 1700-1914", en Alexei MILLER y Stefan BERGER (eds.), *Nationalizing Empires,* Budapest – Nueva York, CEU Press, 2015, pp. 195-245, https://doi.org/10.1515/9789633860175-006

15. Véase Sérgio CAMPOS MATOS, "¿Cómo convivir con la pérdida? Historiografía, conciencia nacional y política en Portugal dentro del contexto Peninsular", en Carlos FORCADELL, Ignacio PEIRÓ y Mercedes YUSTA (eds.), *El pasado en construcción. Revisionismos históricos en la historiografía contemporánea,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2015, pp. 249-274; César RINA SIMÓN, "Proyección exterior, hispanoamericanismos y regeneración nacional en la Península Ibérica en el siglo XIX", *Historia Mexicana,* LXVII (2018), pp. 1.597-1.631, https://doi.org/10.24201/hm.v67i4.3565.

16. Paulo RODRIGUES FERREIRA, "Uma bandeira anti-iberista: o perigo espanhol", en RINA, *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica,* pp. 255-272. En relación al iberismo, citamos las dos monografías más recientes y extensas: Sérgio CAMPOS MATOS, *Iberismos – Nação e transnação, Portugal e Espanha (c.1807-c.1931),* Coímbra, Universidade de Coimbra, 2017, y César RINA SIMÓN, *Iberismos: expectativas peninsulares en el siglo XIX,* Madrid, Funcas, 2016.

17. Ver Paula GODINHO y Heriberto CAIRO, "El tratado de Lisboa de 1864: la demarcación de la frontera y las identificaciones nacionales", *Historia y Política,* 30 (2014), pp. 23-54; César RINA SIMÓn, "De la frontera cuestionada a la frontera construida. Iberismos y estado-nación en el siglo XIX", *Revista de História das Ideias,* 35 (2017), pp. 197-222, https://doi.org/10.14195/2183-8925_35_8.

antes "*da separação da nossa nacionalidade*". Reconocía que "*as crenças e os costumes do povo português que nós tratamos de estudar são, não o produto da sua história, mas ao contrário, do seu sistema*", lo que constataba que "*estudar o presente*" era "*estudar o passado*"[18].

La noción de ibericidad estuvo presente en toda la literatura y los proyectos iberistas de la contemporaneidad, hasta planteamientos más recientes, como los desarrollados por José Saramago[19]. Dichas propuestas, salvo matices marcados por los debates de época, han mantenido unas líneas interpretativas similares, ejemplificadas en un editorial del diario democrático *La Discusión* en 1868, en los albores de la Revolución Gloriosa: "España y Portugal no son dos nacionalidades diversas, sino dos fragmentos separados de la poderosa nacionalidad que en los tiempos antiguos se conoció con el glorioso nombre de *Iberia*". Elementos culturales como "la historia, la literatura, el arte, la tradición, las costumbres", demostraban que ambos países formaban "un solo pueblo", también "bajo el punto de vista de la posición topográfica, ambas naciones no son más que un territorio". El texto no encontraba diferencias: "nada nos separa, ni en la esfera intelectual, ni en la esfera material; pensamos lo mismo, hablamos casi la misma lengua". En términos geográficos, esta unidad vendría avalada por la inexistencia de fronteras naturales: "mirad los mapas de la Península Ibérica. ¿Qué veis en ellos? Una línea convencional de puntos; veréis una frontera artificial"[20].

El análisis de las narrativas espacio-temporales planteadas por los iberistas nos permite además adentrarnos en los debates en torno a si el iberismo fue un planteamiento nacional alternativo al español y el portugués, o si bien fue un mecanismo –entre otros– de regeneracionismo a partir de un engrandecimiento territorial –compatible con el respeto a la idiosincrasia de cada territorio– y de la vinculación con un proyecto civilizacional renovado que encontrase en el pasado determinados anclajes en los que sustentar la regeneración de los estados ibéricos. Estos debates han desembocado, no en pocas ocasiones, en discusiones académicas bizantinas sin término posible, en tanto que los conceptos que empleamos los historiadores siempre son desbordados con creces por las realidades sociales que intentan representar. Esta cuestión se agrava con el iberismo, transversal en ambos países a buena parte de las culturas políticas y polisémico, especialmente en lo relativo al proyecto de futuro, lo que nos ha llevado a emplear el término en plural con el objetivo de enfatizar la dificultad de encapsular en una singularidad un sinfín de proyectos contextuales. Por lo tanto, en determinados autores, obras y coyunturas sí podríamos encontrar en los proyectos iberistas rasgos tentativos de generar una nueva comunidad cultural ibérica siguiendo los parámetros nacionales

18. Adolfo COELHO, *Obra Etnográfica. Festas, Costumes e outros materiais para uma Etnologia de Portugal,* I, Lisboa, D. Quixote, 1993, [1881], p. 375, https://doi.org/10.4000/books.etnograficapress.5446.

19. Ver Antonio SAÉZ DELGADO, "José Saramago, transiberista", en Carlos REIS (ed.), *José Saramago. Nascido para isto,* Fundação José Saramago, 2020, pp. 47-61.

20. *La Discusión,* 13-11-1868, p.1. Para las tensiones entre frontera, nación y territorio véase Heriberto CAIRO, Paula GODINHO y Xerardo PEREIRO (eds.), *Portugal e Espanha. Entre discursos de centro e práticas de fronteira,* Lisboa, Colibri, 2009; César RINA SIMÓN, *Imaginar Iberia. Tiempo, espacio y nación en el siglo XIX en España y Portugal,* Granada, Comares, 2020, cap. 4.

vigentes[21]. En cambio, en la mayoría de los casos, los iberismos actuaron como mecanismos de regeneración supeditados a la superación de decadencia o al engrandecimiento de las naciones española y portuguesa. De tal forma, los iberismos no refutarían lo nacional, sino que por el contrario serían fórmulas supranacionales de patriotismo. De lo que no cabe duda es de la importancia que alcanzaron sus debates en el Ochocientos, presentes en la inmensa mayoría de textos en torno a la decadencia-regeneración y a las culturales nacionales, especialmente en la sociedad portuguesa, que construyó sus imaginarios nacionales en la movilización del *peligro español*. De hecho, una de las principales instituciones nacionalizadoras portuguesas fue la *Comissão 1º de Dezembro*, constituida transversalmente por políticos e intelectuales de diferentes sensibilidades y creada en 1861 como respuesta al eco que estaban alcanzando los debates iberistas en el seno de la opinión pública lusa, significativamente entre republicanos, federalistas y progresistas[22]. En Portugal, las narrativas del pasado y las memorias públicas fueron determinantes en la proyección anticastellana y en la construcción de un "otro" estereotipado[23]. La historiografía transformaba acontecimientos contingentes en puntos de un relato lineal protagonizado por una entidad colectiva individualizada y ya conformada en el pasado remoto, el "pueblo" o la "nación"[24]. Debido a la ibericidad, determinar cuándo, cómo y por qué se había producido la escisión peninsular era fundamental para sustentar los modelos nacionales o bien para señalar, en clave iberista, la artificialidad de este proceso y la oportunidad de revertirlo en el horizonte de expectativas abierto por la modernidad.

Para la realización de este análisis nos hemos apoyado en un vasto corpus documental bibliográfico y hemerográfico publicado entre 1820 y 1868. Asimismo, en el proceso de localización de fuentes nos hemos apoyado en las obras monográficas dedicadas a los iberismos en el siglo XIX[25].

21. Debates en Sérgio CAMPOS MATOS, "Was Iberism a Nationalism? Conceptions of Iberism in Portugal in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *Portuguese Studies,* 25 (2009), pp. 215-229, https://doi.org/10.1353/port.2009.0009; Pablo HERNÁNDEZ RAMOS, "El iberismo en la prensa de Madrid, 1840-1874", tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2015, pp. 143 y ss.; César RINA SIMÓN, "Expectativas iberistas en la contemporaneidad. Una propuesta conceptual", *Ayer,* 108 (2017), pp. 179-201.

22. Ver Maria da Conceição MEIRALES PEREIRA, "O 1º de Dezembro–Memória e liturgia cívica na 2ª metade do oitocentos", *Revista de História das Ideias,* 28 (2010), pp. 129-167; Sérgio CAMPOS MATOS, "Hispanofobia e nacionalismo–A Comissão 1º de Dezembro e a memória de 1640 (1861-1926)", en *XXIX Encontro da Associação Portuguesa de História Económica e Social,* Oporto, Universidade de Porto, 2009; RINA, *Imaginar Iberia,* cap. 3. Una panorámica general en Luís REIS TORGAL, José AMADO MENDES y CATROGA, Fernando, *História da História em Portugal. Da Historiografía à Memória Histórica,* Lisboa, Temas e Debate, 1998.

23. Sobre la compleja y cambiante categoría del "otro" peninsular, remitimos a María Jesús FERNÁNDEZ y María LEAL (coords.), *Imagologías ibéricas: construyendo la imagen del otro peninsular,* Mérida, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 2012; Hipólito DE LA TORRE GÓMEZ, y António JOSÉ TELO (coords.), *La mirada del otro. Percepciones luso-españolas desde la historia,* Mérida, Junta de Extremadura, 2002.

24. Varios ejemplos en Ricardo GARCÍA CÁRCEL (ed.), *La construcción de las Historias de España,* Madrid, Marcial Pons, 2004.

25. Maria da Conceição MEIRALES PEREIRA, "A questão ibérica: imprensa e opinião 1850-1870", tesis doctoral, Universidade do Porto, 1995; José Antonio ROCAMORA, *El nacionalismo ibérico, 1792-1936,* Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994; MATOS, *Iberismos*; RINA, *Iberismos.*

El espacio peninsular según los iberistas (1820-1868)

Las primeras referencias al iberismo moderno, es decir, el vinculado a los procesos revolucionarios de reconstrucción del mapa de Europa atendiendo a patrones históricos, geográficos o culturales y superando los combates dinásticos que en el pasado habían determinado la forma de los mapas, surgieron entre los exiliados liberales de ambos países, especialmente en Londres, donde sus tareas conspirativas por derrocar el absolutismo en la Península fueron en paralelo a la toma en consideración del espacio peninsular en clave de homogeneidad. *El Constitucional Español* publicó en junio de 1820 una carta reconociendo su unidad natural: la Providencia había "dispuesto que España sea Península, y que Península sea Portugal", lo cual no era impedimento para mantener una división refrendada históricamente por la "incompatibilidad entre ambos pueblos" y por la voluntad de hombres "en medio de sus falsos y mezquinos cálculos"[26]. Sin embargo, la articulación espaciotemporal de la ibericidad por parte de los exiliados liberales no fue más allá, en la medida que el iberismo era apenas un medio para alcanzar un fin superior: la extensión del liberalismo en la Península[27]. Las primeras propuestas teóricas iberistas que trataron de responder a la condición de peninsularidad fueron publicadas en la década de 1830. El filólogo Antoni Puig i Blanch publicó en Londres un breve tratado en el que proponía una federación ibérica cuyos estados siguieran criterios histórico-culturales. El Estado recibiría el nombre de Celtiberia y se subdividiría siguiendo, de forma orientativa, el reparto de provincias en el Imperio Romano[28].

En el territorio portugués no encontramos expresiones tan evidentes de iberismo, lo cual podemos explicar, en parte, porque la dinastía de los Braganza desde la escisión de la Monarquía Hispánica había asentado su memoria en la resistencia a los impulsos imperialistas españoles y a la celebración de *Tedeums* y otras fiestas cívicas protomodernas en conmemoración del *1º de Dezembro* de 1640. Sin embargo, sí fueron recurrentes los ensayos que se planteaban desde una perspectiva espacial y geoestratégica el futuro que podía tener Portugal en la Europa post-napoleónica y en un período marcado por la hegemonía de grandes potencias territoriales, oscilando entre su papel mediador entre las potencias, al modo de Bélgica, su alianza con merma de autonomía política con Inglaterra o la unión con España. Así, el romántico, liberal y patriota Almeida Garrett apuntó en *Portugal na Balança de Europa* la necesidad de que Portugal repensase sus alianzas y su hegemonía ante su evidente debilidad territorial, demográfica y económica. En este caso, la unión ibérica sería un medio de supervivencia pactada en un entramado

26. *El Constitucional Español o Miscelánea de Política, Ciencias y Artes, Literatura,* III/XXII, (1820), p. 478.

27. ROCAMORA, *El nacionalismo ibérico*, pp. 23 y ss.; RINA, *Iberismos,* pp. 87 y ss.

28. Antonio PUIG BLANCH, *Tratado sobre la Regeneración política de España e idea de una obra filosófica sobre las monedas antiguas Celtiibéricas,* s. e., s. d. [1830]. La obra fue pionera en tratar de articular un encaje catalán en la Península en autores como Joan Maragall, Julio NAVARRO MONZÓ (*Catalunha e as Nacionalidades Ibéricas,* Lisboa, Liv. Central, 1908), Joaquín CASAS CARBÓ (*El problema peninsular,* Barcelona, Lib. Catalónica, 1933) o Félix CUCURULL (*Dois povos ibéricos: Portugal e Catalunha,* Lisboa, Assírio & Alvim, 1975). Ver Víctor MARTÍNEZ GIL, *El naixement de l'iberisme catalanista,* Barcelona, Curial, 1997; ídem (ed.), *Uns apartats germans: Portugal i Catalunya,* Mallorca, Lleonard Muntaner, 2010; Jesús REVELLES, "Bautizar la utopía: Iberia como solución catalana a España", en RINA, *Procesos de nacionalización e identidades en la península ibérica,* pp. 373-384; Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, "Iberia Reborn: Portugal through the lens of Catalan and Galician nationalism (1850-1959)", en Joan Ramón RESINA (ed.), *Iberian modalities. A relational approach to the study of culture in the iberian peninsula,* Liverpool, Liverpool University Press, 2013, pp. 83-98.

político superior, pacto que evitase una más que previsible invasión sin condiciones por parte de España o Inglaterra[29].

Los acontecimientos prácticamente paralelos en ambos países –guerras miguelistas y carlistas e inicios de la construcción de un Estado-nación bajo parámetros de un liberalismo parlamentario censitario que permitía nuevos espacios de opinión y debate político– nuevamente acercaron a sus liberales, entre los que hay que destacar el papel de José Espronceda o de Andrés Borrego en la extensión de los debates iberistas[30]. Estos liberales confiaban en el papel transformador de la prensa, la propaganda política y la opinión pública a la hora de reorganizar de una forma más "positiva" el mapa europeo de las naciones, tal y como estaba ocurriendo con el *Risorgimento* italiano[31]. Era común entre estos primeros iberistas –en su mayoría vinculados a la masonería y a expectativas cosmopolitas–[32] el rechazo tanto a una invasión violenta como a una pérdida de nacionalidad –entendida en términos culturales–, así como la consideración de la inevitabilidad del iberismo propiciada por el progreso. En el caso de los republicanos, mantenedores por entonces de los ideales cosmopolitas, la unión o federación peninsular sería un primer paso, no definitivo, para la confederación paulatina de todas las naciones bajo los ideales del pacifismo, el progreso y la libertad[33].

En 1841, el diplomático Joaquín Francisco Campuzano publicó *Unión Peninsular*. Como hiciera Almeida Garrett, Campuzano trataba de poner en relación el iberismo con la coyuntura internacional y los avances significativos del progreso. La tendencia natural y los horizontes abiertos por el progreso científico, técnico y político invitaban a que españoles y portugueses estrecharan sus lazos atendiendo a su condición geográfica de ibericidad. No obstante, Campuzano también apelaba al pasado imperial de unidad de España y Portugal, contrastándolo con su decadencia en el presente, que atribuía a su separación, aspecto que interesaba a otras potencias como Inglaterra. La frontera hispano-portuguesa frenaba el avance comercial peninsular. Esta cuestión, además de sumir en la decadencia a ambos países, era el primer paso para propiciar intercambios, conocerse

29. Vizconde de ALMEIDA GARRETT, *Portugal na balança de Europa,* Londres, Sustenance, 1830, pp. 318 y ss.

30. En 1841 publicó varios artículos iberistas en las páginas de *El Pensamiento.* En clave orgánica, señalaba que la Península estaba desgajada en partes: "la mano está separada del brazo, y Tajo y Duero, arterias fecundísimas de nuestro cuerpo, cortadas a deshora, van a morir en una mar extranjera" (*El Pensamiento,* 1 (1841), p. 14). Por su parte, Andrés BORREGO lo haría desde las páginas de *El Español* y en múltiples publicaciones dedicadas a la temática: *De la situación y de los intereses de España en el movimiento reformador de Europa,* Madrid, Imp. de de Andrés y Compañía, Francisco, 1848; *Historia de una idea. España y Portugal,* Madrid, Imp. de Fortanet, 1869. Para la repercusión del iberismo en la prensa de la época, ver HERNÁNDEZ RAMOS, "El iberismo en la prensa de Madrid", pp. 218 y ss.

31. Paralelismos e influencia del *risorgimento* entre los iberistas en Francesca GIUSEPPE, "Portogallo, Italia e Questione Iberica (1821-1869)", tesis doctoral, Università degli Studi di Napoli Federico II, 2010; Maria da Conceição MEIRALES PEREIRA, "Questão Ibérica e unificação italiana na imprensa legitimista portuguesa", en MATOS y CHORAO, *Península Ibérica,* pp. 105-123. Un caso paradigmático sería el de Giacomo Durando, que publicó en 1843 en Marsella un proyecto de unión dinástica entre los Borbones y los Braganza.

32. Para la evolución y nacionalización de la masonería ver Ignacio CHATO GONZALO, *Las relaciones masónicas entre España y Portugal, 1866-1932. Un estudio de la formación de los nacionalismos español y portugués a través de la masonería,* Mérida, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 1997.

33. Ver María Victoria LÓPEZ CORDÓN, *El pensamiento político internacional del federalismo español,* Barcelona, Planeta 1975; RINA, *Iberismos,* cap. 4.

culturalmente y, al fin, aceptar con agrado la unión ibérica[34]. Este fue otro de los ejes vertebradores de los iberismos decimonónicos: la decadencia era el resultado de la fractura peninsular y la regeneración solo era posible reconstruyendo su unidad.

El debate sobre la ibericidad también estuvo presente en las culturas políticas reaccionarias y conservadoras de mediados del Ochocientos. Si bien los postulados iberistas estaban demasiado ligados a expectativas progresistas y universalistas, y por tanto cercanas a los ideales de la revolución, a una escatología futurista y a la quiebra del status quo, Balmes, Donoso Cortés y posteriormente Menéndez Pelayo abordaron la cuestión peninsular. Inevitablemente, anteponían el factor dinástico, de tal forma que la unión sólo podría realizarse a través de un casamiento real. Para Donoso –embajador en Berlín desde 1848, donde se interesó por la posibilidad de extender la *Zollverein* a la Península, y en París desde 1851–, ésta sería deseable dentro de un programa patriótico de regeneración nacional que pasaba por superar las dependencias diplomáticas con Francia y Gran Bretaña e iniciar un programa imperialista ibérico en el norte de África[35]. Balmes, por su parte, comprendía el rechazo luso a una posible unión debido a la superioridad demográfica y geográfica española, que inevitablemente convertiría a Portugal en una "provincia". El mantenimiento del orden exigía hombres de Estado y no "utopistas" que proyectaban sus ilusiones a partir "de la contemplación del mapa." Además, Balmes recordaba que "los límites de las naciones no siempre se acomodan a las dimensiones topográficas". Frente a las tentativas progresistas de rehacer el mapa europeo atendiendo a sus factores geográficos, Balmes anteponía la historia-tradición como factor determinante en la configuración de las naciones[36]. Este esquema de comprensión reaccionario se vio alterado cíclicamente por el imperialismo de corte regeneracionista y por la noción de ibericidad: Portugal y Gibraltar serían dos partes desgajadas de España cuyo pulso dependía de su disolución en un horizonte de destino único[37].

Las revoluciones de 1848 transformaron en toda Europa la relación entre campo de experiencias y horizonte de expectativas y la manera de relacionarse las culturas políticas de cada Estado con el factor nacional[38]. La pugna que habían protagonizado en las décadas precedentes liberales y absolutistas se diversificó por el surgimiento de partidos y movimientos políticos republicanos, democráticos o socialistas, que no veían satisfechas sus pretensiones representativas en los sistemas políticos, mayoritariamente censitarios, cuando no autoritarios. En 1849, en el manifiesto fundacional del Partido Democrático ya se recogía una voluntad de acercamiento a Hispanoamérica y Portugal y de solidaridad democrática entre estos pueblos con los que se compartía significativamente un tiempo, aunque también un espacio post-imperial y unos parámetros culturales comunes. Los avances científico-técnicos impregnaron de un aura

34. Joaquín Francisco CAMPUZANO, *La Unión Peninsular*, Madrid, Imp. de D. Miguel de Burgo, 1841.

35. María Victoria LÓPEZ CORDÓN, "Instrumentos de la política internacional: instituciones, hombres, ideas" en José María JOVER ZAMORA (dir.), *La era isabelina y el sexenio democrático. Vol. XXXIV de la Historia de España de Ramón Menéndez Pidal,* Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. 841.

36. Jaime BALMES, *Escritos Políticos*, Madrid, Sociedad de operarios del mismo arte, 1847, p. 422.

37 Véase el caso de la I Guerra Mundial: Hipólito DE LA TORRE, *Antagonismo y fractura peninsular: España-Portugal, 1910-1919,* Madrid, Espasa Calpe, 1983; ídem, *El Imperio del Rey: Alfonso XIII, Portugal y los ingleses (1907-1916),* Mérida, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 2002; Maximiliano FUENTES, "Imperialismo e iberismo en España. Perspectivas regeneradoras frente a la Gran Guerra", *Historia y Política,* 33 (2015), pp. 21-48.

38. Ver Maria Manuela TAVARES RIBEIRO, *Portugal e a Revolução de 1848,* Coímbra, Minerva, 1990.

de infalibilidad a las expectativas progresistas-democráticas, cuya estrategia de unificación pasaba por tender puentes, hacer los ríos peninsulares navegables, unir por vía férrea Madrid y Lisboa y unificar pesos, medidas, moneda. Independientemente del grado de nacionalización, en las filas progresistas, republicanas y demócratas el iberismo, entendido como una unión respetuosa entre ambos países –o diversos estados–, formaba parte del horizonte abierto por la modernidad. A esta noción escatológica había que sumarle la noción de espacio compartido.

Una muestra de estos dos vectores ideológicos la encontramos en un ciclo de conferencias que impartió Facundo Goñi en el Ateneo de Madrid en 1848. Éste consideraba que en un futuro cercano no existirían países pequeños o disgregaciones, sino que los estados europeos irían confluyendo en formaciones políticas cada vez mayores como expresión del progreso y del modelo kantiano de paz perpetua. Más que el progreso, era la determinación geográfica: "no en vano riegan y fecundan sus suelos [los de Portugal] unos mismos ríos; […]. La frontera arbitraria que nos divide […] es un absurdo que repugna a la naturaleza y a la topografía"[39]. La medida, plenamente inmersa en el horizonte regeneracionista, era la "restauración de nuestra antigua unidad nacional como único medio de levantarnos de nuestro común abatimiento"[40]. En esta misma línea, uno de los referentes del liberalismo y futuro director de la *Revista Peninsular*, Andrés Borrego, llamaba a la unidad –acordada, respetuosa y progresiva– de "todos los que han nacido en el magnífico territorio comprendido desde el Pirineo hasta las columnas de Hércules, desde la desembocadura del Tajo al Mediterráneo". La decadencia se explicaba por la escisión peninsular: "Madrid y Lisboa han venido a ser como dos grandes cabezas separadas del tronco del gigante en cuyos hombros se hallaban colocadas"[41]. El horizonte revolucionario de 1848 y las expectativas puestas en el progreso permitían, tal y como había proyectado Mazzini, transformar por completo el mapa europeo atendiendo a otros criterios que no fueran los intereses dinásticos o los celos del pasado.

Éste fue el horizonte comprensivo en el que el diplomático Sinibaldo de Mas publicó *La Iberia,* obra referencial para todos los iberistas peninsulares, al menos hasta la publicación en 1879 de la *Historia de la Civilización Ibérica* de Oliveira Martins[42]. La obra de Mas, que contaba con un prólogo de Latino Coelho, vio la luz en portugués en las calles de Lisboa en diciembre de 1851. Condensaba todas las aportaciones realizadas hasta la fecha por los iberistas y las proyectaba sobre un programa de unión monárquica liberal y progresista. Como ha señalado Sérgio Campos Matos, una de las claves de esta obra es su apuesta por lo simbólico como catalizador del proyecto: la bandera y sobre todo el mapa peninsular, que por primera vez no aparecía con una línea que desgajaba en

39. Facundo GOÑI, *Tratado de las relaciones internacionales de España*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de R. Rodríguez Rivera, 1848, p. 133.

40. Ibidem, p. 135.

41. BORREGO, *De la situación y de los intereses de España,* pp. 132 y 141.

42. Constatan su importancia las seis ediciones que alcanzó y la amplitud de debates que generó en la prensa de todo signo ideológico a uno y otro lado de la frontera, así como su omnipresencia durante décadas en el resto de obras iberistas publicadas. El 9 de diciembre de 1853, el Gobierno español la censuró en una ley contraria a los libros que "puedan comprometer la tranquilidad pública" y aquellos que recogieran "el pensamiento de la unión de España y Portugal". Las sucesivas ediciones de *La Iberia* recogieron en sus añadidos los intensos debates que generó. Ver David MARTÍNEZ ROBLES, *Entre dos imperios. Sinibaldo de Mas y la empresa colonial en China (1848-1868),* Madrid, Marcial Pons, 2018; Maria da Conceição MEIRALES PEREIRA, "Sinibaldo de Mas: el diplomático español partidario del iberismo", *Anuario de Derecho Internacional,* 17 (2001), pp. 351-370; RINA, *Iberismos,* pp. 98 y ss.

dos el territorio, sino que la línea predominante era un trazo grueso negro que representaría el proyecto de unión ferroviaria entre Lisboa, Madrid y Barcelona. También adquirían relevancia en el mapa el Duero y el Tajo, en alusión a los proyectos de hacerlos navegables, como dos vetas de recursos compartidos. Las fronteras internas ibéricas se desvanecían en el símbolo para dar paso a unas líneas "positivas", que no separaban, sino que, al contrario, contribuían a la unión de los pueblos, al intercambio económico, al conocimiento mutuo, etc.[43] Así lo vaticinaba el prologuista, confiado en la escatología del progreso y en las "leyes naturales" que regulaban la progresiva confraternización de los europeos. Entre la multitud de argumentos: historicistas, presentistas –de beneficios en el horizonte económico: "La España sólo vale cinco, y el Portugal uno; y la Península unida valdría diez o doce"[44]– y regeneracionistas, también podemos destacar una omnipresencia del determinismo geográfico, no siempre explícito, pero cuya fuerza era superior al resto ya que haría referencia a una fuerza de atracción "natural" que no requiere voluntad, convencimiento o proselitismo. "La división […] de la Península en dos países no se puede defender. No hay medio de justificarla, es absurda e innecesaria. Existe porque es un hecho […]. La línea que nos divide de España no se encuentra. Esto y aquello todo es un mismo país"[45].

La Iberia generó un reguero de debates en la prensa peninsular y propició el surgimiento de publicaciones como la revista *A Península* –coordinada por Latino Coelho–, el periódico *A Ibéria* –fundado por Carlos José Caldiera, compañero de Mas en su estancia diplomática en Macao, donde gestó el libro–, los diarios progresistas *La Iberia* y *O Progresso* –que recogían periódicamente en sus páginas opiniones iberistas, asimiladas plenamente dentro de su corpus ideológico–; la *Revista Peninsular*, edición bilingüe promovida en 1855 por Juan Valera y Latino Coelho con una clara vocación de acercamiento cultural[46], o el periódico valenciano *La Justicia,* dirigida por el progresista José Peris y Valero y en el que figuraba el lema "Unión ibérica" en la portada[47]. También surgieron asociaciones peninsulares con una doble función: extender los ideales ibéricos y generar espacios de acercamiento entre las élites económicas, políticas y culturales de España y Portugal: la Sociedad Ibérica promovida por el propio Mas, la Liga Hispano-Lusitana promovida por Facundo Infante en 1855[48] y otros ensayos-propuestas, como los

43. Sérgio CAMPOS MATOS, "Iberismo e identidad nacional (1851-1910)", *Clío,* 14-15 (2006), pp. 249-400.

44. Sinibaldo de MAS, *La Iberia. Memoria sobre la conveniencia de la Unión pacífica y legal de Portugal y España,* 3ª ed., Madrid, Imp. y est. de Rivadeneyra, 1854, [1851], p. 23.

45. Ibidem, p. 22. Texto tomado del diario *O Progresso.*

46. MAS se retiró del proyecto de la revista por la negativa de los otros promotores a mostrarse abiertamente favorables a la unión ibérica. Su salida facilitó que otros literatos y escritores portugueses, como Alexandre Herculano, sí participaran (RINA, *Iberismos,* p. 122). La *Revista Peninsular* fue pionera en la concreción de una mirada cultural peninsular y en la tentativa de superar el tópico de las "*costas voltadas*": "As duas nações, que dão fraternalmente as mãos na península ibérica, conhecem-se menos do que geralmente conhecem as que lhes ficam mais distantes" (MENDES LEAL, "Introdução", *Revista Peninsular,* I/I (1855), p. 3).

47. ROCAMORA, *El nacionalismo ibérico,* p. 62.

48. Julio COSTA SALOM ha destacado el creciente asociacionismo iberista durante el Bienio Progresista, que luego tendría su continuidad con figuras como Clarín, Galdós o Castelar ("La relación hispano-portuguesa al término de la época iberista", *Hispania,* 98 (1965), pp. 219-259). Ver Roger L. UTT, "Leopoldo Alas y su Liga Literaria Hispano-Portuguesa", *Hispania,* 71 (1988), pp. 780-792, https://doi.org/10.2307/343260.

de Sixto Cámara o Andrés Borrego. El iberismo, concebido como mecanismo de regeneración peninsular, impregnó las páginas de los diarios progresistas.

Una de las secuelas de la extensión transversal de las ideas ibéricas fue la publicación en 1855, por parte del ingeniero José de Aldama Ayala, de un *Compendio Geográfico* sobre Portugal cuyo *leitmotiv* era apuntar la artificialidad de la frontera y la unidad geográfica peninsular. Iba en la línea de otros trabajos geográficos, como los de Sousa Brandão en las páginas de *O Progresso*[49], Arturo de Marcoartú o la Sociedad Económica Matritense. La obra era el resultado de la expedición mixta de ingenieros convocada para determinar el lugar más adecuado para realizar la conexión ferroviaria transfronteriza. La condición peninsular sería tan fuerte que abocaba a ambos países a confluir. En clara alusión providencialista-geográfica, afirmaba que "el que dirija por primera vez la vista al mapa de la Península Ibérica desconociendo su actual división" no "encontrará los límites de España y Portugal, porque en honor a la verdad no existieron jamás, sino en los tratados diplomáticos" o "pintados en los mapas"[50].

La oposición republicana a la obra de Mas no radicaba tanto en la condición de ibericidad, que compartían plenamente aunque era en menor medida explicitada[51], ni en los planteamientos progresivos de acercamiento cultural y económico de ambos estados, ni en la escatología peninsular, sino principalmente en la forma de gobierno, monarquía, y en la estructura territorial, unión libre de dos Estados. Para los republicanos, especialmente portugueses, como José Félix Henriques Nogueira, pionero en plantear la federación republicana ibérica en 1851[52], esa unión sería un riesgo para la integridad portuguesa e igualmente no respondería a la conformación de pueblos realmente existentes en la Península. En cierta manera, la federación ibérica era un mecanismo para que los pueblos peninsulares alcanzaran plenitud en el marco del Estado. El aspecto terminológico era importante, ya que los debates iberistas se cifraban en una línea que iba desde la federación hasta la fusión, pasando por la unión. Sin embargo, como se preguntara el liberal iberista Arturo Marcoartú en 1859, no se podía hablar de "fusionar dos países sin montañas que los dividan ni desiertos que los aíslen; de tierras que alumbran el mismo sol, disfrutan del mismo clima, bañan los mismos ríos"[53]. El progreso demolería "esas barreras que a los hombres nos han puesto para impedir que se realicen los santos designios de la Providencia"[54].

En la prensa portuguesa se debatió intensamente sobre estos argumentos. Destaca el intercambio de artículos entre el historiador Alexandre Herculano y el joven político Lopes de Mendonça, ambos liberales, aunque con una noción de progreso y de nacionalismo bien diferenciada. Herculano, en las páginas de *El Portuguez* y en línea con importantes sectores económicos y políticos del país, temía que la construcción del ferrocarril implicara la pérdida de identidad nacional y propiciara una invasión española

49. *O Progresso,* 11-7-1854.

50. José ALDAMA AYALA, *Compendio Geográfico-Estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas,* Madrid, Imp. de la Viuda de D. Antonio Yenes, 1855, p. 7.

51. Como ha destacado Ángel DUARTE, el republicanismo no solo se asentó en proyecciones de futuro, sino que desarrolló una completa narrativa historicista ("Los republicanos del ochocientos y la memoria de su tiempo", *Ayer,* 58 (2005), pp. 207-228). Esto mismo podríamos decir en relación a la noción de espacio.

52. José Félix HENRIQUES NOGUEIRA, *Estudos sobre a Reforma em Portugal*, Lisboa, Typ. Social, 1851.

53. Arturo MARCOARTÚ, *El iberismo o la fusión de las nacionalidades por la paz,* Madrid, Imp. de T. Núñez Amor, 1859, p. 5.

54. Ibidem, p. 15.

que no sería militar, pero que sí acabaría con Portugal: "*O caminho-de-ferro tende a destruir as divisões dos povos, a uniformizar as ideias e os costumes e a igualizar as civilizações* [...] *vão ser destruidas todas as formas conhecidas de separação*"[55]. Los recelos de los nacionalistas portugueses en torno al ferrocarril estaban justificados, ya que éste se había convertido, según la propaganda iberista, en un aliado imprescindible para la unión. Por el contrario, Lopes de Mendonça en *A Revolução de Setembro* consideraba a Portugal como un país decadente y abocado a la desaparición; solo su entrada decidida en los horizontes del progreso –ferrocarril y librecambismo– podría salvarlo de la lógica de los tiempos[56]. Además, ambos elementos eran los destructores civilizados de las fronteras, cuyas conquistas ya no eran por las armas, sino por los avances del progreso.

El federalismo había sido una de las banderas de las culturas políticas revolucionarias de 1848. Trataba de aunar el universalismo progresista de matriz ilustrada y el romanticismo nacionalista y había sido abanderado –en diferentes formas– por los referentes intelectuales de la época: Victor Hugo, Mazzini, Ledru-Rollin, Kossuth o Proudhon, románticos, patriotas y universalistas. Dos federaciones eran los ejemplos a emular, tanto por su prosperidad económica como por su sistema democrático: Estados Unidos y Suiza. Henriques Nogueira llegó a plantear un Proyecto de Bases para la Constitución Federal de los Estados Unidos de Iberia[57] e influyó significativamente en la extensión del federalismo en España a través de Pi y Margall. *El Almanaque Democrático para 1853,* editado el año anterior en Lisboa, evidenciaba la amplia extensión del federalismo ibérico entre los republicanos portugueses, así como al otro lado de la frontera por el estímulo de Fernando Garrido[58]. Sixto Cámara, uno de los compañeros de conspiraciones de Garrido, publicó en 1859 una obra siguiendo el modelo de Sinibaldo de Mas –incluso con un prólogo de Latino Coelho–, pero de matriz republicana, aunando los principios universalistas de la Ilustración y las expectativas de transformación política y territorial abiertas por las revoluciones con un modelo crítico con el capitalismo y una gestión republicana, confederal, fruto de un pacto de vocación popular y municipalista[59]. En su proyecto ibérico situaba la capital de la confederación en Madrid, valiéndose de una metáfora orgánica: "*ser esta capital o coração da Península, e ao coração é que toca distribuir o sangue por todas as artérias do organismo. A ação do governo central dever irradiar em todas as direções com a mesma celeridade e energia*"[60].

La proclamación del Reino de Italia en 1861 aumentó entre los iberistas las expectativas de que la unificación peninsular aún era posible, pero para ello era necesario prescindir de los Borbones. En la década de los sesenta, el iberismo se convirtió en España

55. Alexandre HERCULANO, "Os caminhos-de-ferro e a política", *O Portuguez,* 18/04/1853.

56. Ver Maria Filomena MÓNICA, *Europa e nós. Uma polémica de 1853,* Lisboa, Quetzal, 1996; Ignacio CHATO GONZALO, *Las relaciones entre España y Portugal a través de la diplomacia (1846-1910): la incidencia de la política exterior en la construcción de la identidad nacional,* I, Mérida, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, 2004, pp. 163 y ss.

57. José Félix HENRIQUES NOGUEIRA, "A Ibéria", *Almanaque Democrático para 1854,* Lisboa, Typ. Social, 1853.

58. Fernando GARRIDO publicó numerosos artículos y obras iberistas: *La República Democrática Federal Universal. Nociones elementales de los principios democráticos, dedicadas a las clases productoras,* Lleida, J. Sol, 1855; *La Democracia y sus adversarios,* Barcelona, Lib. Salvador Manero, 1880; *Los Estados Unidos de Iberia,* Madrid, Imp. de J: Iniesta, 1881.

59. Sixto CÁMARA, *A União Ibérica,* Lisboa, Typ. Universal, 1859.

60. Ibidem, pp. 28-29.

en una forma de hacer oposición política a Isabel II, no solo entre republicanos, sino entre liberales progresistas que preferían la fama de respeto constitucional que se habían granjeado los Braganza en Portugal[61].

España y Portugal compartían con la joven Italia la cuestión de la peninsularidad, estar ambas *determinadas* por el mar y por una franja montañosa que, a vista en los mapas, servía como muralla natural para delimitar el territorio. Como expresara Abdón de Paz en una de las múltiples publicaciones que intentaban exportar el modelo del *Risorgimento* italiano, "la consecuencia de la unidad de Italia será la unidad de España y Portugal"[62]. En Portugal, en cambio, esta proliferación de asociaciones, obras y artículos iberistas, como la del fusionista Pío Gullón[63], avivaron la respuesta de las elites culturales portuguesas, aglutinadas en torno a la *Comissão 1º de Dezembro* –de la que formarían parte una amplia panoplia ideológica: Alexandre Herculano, Anselmo de Braancamp, Brito Aranha, o Rebelo da Silva– y a la apelación a la memoria de los Felipes, de 1640 y de la *Restauraçao* como factores de movilización del nacionalismo portugués.

En ese contexto, José Peris y Valero señaló en las páginas del almanaque de *La Iberia* que la unidad ibérica sería el resultado de la acción de dos fuerzas imparables: la providencia y el progreso. "Lo que Dios unió, no serán los hombres bastante fuertes como para dividirlo"[64]. Para el líder progresista valenciano, la historia era "la serie no interrumpida de enérgicos, sangrientos y con frecuencia desesperados esfuerzos de las razas que pueblan el mundo para conquistar o conservar la unidad de región, la unidad de territorio o la unidad geográfica"[65]. El iberismo estaba tan consolidado en las expectativas de trasformación progresista que era interpretado como una ley, como una tendencia natural, una teleología incuestionable. La apoyatura principal era el determinismo geográfico: la frontera entre ambos países era "un capricho" y no era "natural", la formaban los hitos, las aduanas y los carabineros, pero ningún elemento natural o providencial.

Las expectativas estaban puestas en el avance de la línea ferroviaria entre Madrid y Lisboa, inaugurada en 1866. En 1862, Arturo Marcoartú explicaba en clave poética las posibilidades que despertaba el ferrocarril: "todos los días y en todos los climas y por todos los pueblos, las montañas se bajan, las simas se levantan, los istmos se rompen, los mares se unen, los estrechos se abren, para dejar suelo y rápido paso al aliento civilizador

61. Opositores a Isabell II reunidos en Bélgica –Castelar, Prim, Fernández de los Ríos, Sagasta, Martos u Olózaga– acordaron ofrecer la corona a Fernando de Coburgo. Antes de caer la reina, el iberismo estaba plenamente extendido entre los republicanos, progresistas y exiliados organizados en torno al Círculo Democrático dirigido por José María Orense o la Junta de Revolucionaria de Roque Barcia, ver Carlos RUBIO, *Historia filosófica de la revolución española de 1868,* I, Madrid, Imp. de Guijarro, 1869, pp. 446 y ss.; RINA, *Iberismos,* p. 158.

62. Abdón DE PAZ, *España y Portugal*, Madrid, Imp. de D. Isidoro Peciña, 1861, pp. 22-23.

63. Pío GULLÓN, *La Fusión Ibérica,* Madrid, Imp. de Gabriel Alhambra, 1861, apelaba a la anexión forzada y negaba la condición de nacionalidad a Portugal. Este último aspecto fue muy criticado por Juan VALERA, en concreto en "España y Portugal", *Estudios críticos sobre Literatura, Política y costumbres de nuestros días* (Madrid, Lib. de A. Durán, 1864, pp. 339-390), donde defendía el derecho de existencia de Portugal contrastado por su trayectoria histórica y literaria.

64. José PERIS Y VALERO, "La Península Ibérica", *Almanaque político y literario de* La Iberia *para 1861*, 2ª ed., Madrid, Imp. y redacción de *La Iberia*, 1861, p. 95.

65. Ibidem, pp. 95-96.

del vapor"[66]. En las páginas del almanaque de *La Iberia*, protagonizado aquel año por las expectativas iberistas, Joaquín Muñoz Bueno se preguntaba por qué "se insiste en contrariar a la naturaleza, en mantener el error geográfico […], y en conservar separado lo que inevitablemente ha de unirse?"[67]. Por su parte, Arturo Marcoartú se refería a la "unión prometida por la geografía y por la historia"[68].

En septiembre de 1868, el almirante Topete sublevó la guarnición que comandaba en Cádiz con el apoyo de Prim, Ruiz Zorrilla y otros progresistas y demócratas, que en las dos décadas anteriores habían cifrado la regeneración nacional en el derrocamiento de los borbones, el establecimiento de un régimen de libertades y el iberismo. Isabel II optó por el exilio, con lo que se abrió un nuevo horizonte político en el que se hacía posible poner en práctica los planteamientos ideológicos y los anhelos territoriales planteados desde el exilio o la oposición. Más allá del recorrido que los iberismos pudieran tener en las décadas posteriores, su impronta determinó la experiencia del Sexenio y las nociones de ibericidad o peninsularidad, construidas en las décadas centrales del siglo XIX, y que impregnaron los debates identitarios peninsulares a lo largo de toda la contemporaneidad.

Proyecciones y conclusiones

En este análisis de los textos e ideas desarrollados por los iberistas entre 1820 y 1868 se puede constatar la importancia que tuvieron los apriorismos kantianos, significativamente la noción espacial, en la articulación imaginaria de un territorio y su conversión en símbolo con amplio potencial movilizador e identitario. Pertenecer a una comunidad nacional, estar dentro y reconocer al otro geográfico fue posible gracias a la labor de divulgación y definición del espacio y de las fronteras de los administradores de bienes simbólicos. En el caso de la Península Ibérica, los proyectos nacionalistas español y portugués se vieron confrontados por los iberismos, que incidieron en la artificialidad y, por tanto, ilegitimidad, de la frontera. Estas proyecciones iberistas, asentadas sobre unos principios geográficos deterministas fueron paulatinamente sustituidas, en paralelo a la consolidación de los imaginarios nacionales español y portugués, por expectativas de regeneración sustentadas en nociones temporales y civilizacionales, cuyas expresiones más visibles fueron el hispanoamericanismo y el lusotropicalismo.

En el plano político-diplomático, desde el Sexenio –cuando se multiplicaron exponencialmente los acuerdos bilaterales[69] y la consideración de Portugal como aliado preferente– la cuestión peninsular ha estado presente en todos los regímenes políticos, incluido el período de las dictaduras ibéricas, que en 1939 firmaron un Tratado de amistad y no agresión, ratificado en 1942 en el Pacto Ibérico, que vendría a enterrar los anhelos iberistas decimonónicos y a construir nuevos parámetros de acercamiento y alianzas que no comprometían la integridad nacional y se basaban en lecturas historicistas y civilizacionales, como la colonización de nuevos continentes, el catolicismo y la tradición, pero no en una escatología. Mientras este artículo se redacta, los gobiernos de

66. Arturo MARCOARTÚ, "Un programa ibérico", *Almanaque político y literario de* La Iberia *para 1862,* p. 179.

67. Joaquín MUÑOZ BUENO, "Unión Ibérica", en ibidem*,* p. 12.

68. MARCOARTÚ, "Un programa Ibérico", p. 180.

69. Tratados reseñados –incluyendo el de Libre Comercio y el de Derechos Civiles Compartidos– en Ángel FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, *Mi misión en Portugal. Anales de ayer para enseñanza del mañana,* París, Tip. de Tolmer et Isidore Joseph, s. d. [1877], pp. 556 y ss.

España y Portugal han conseguido de sus homólogos europeos una gestión tarifaria alternativa de la energía denominada *excepción ibérica*.

En relación a la dialéctica entre decadencia y regeneración, de la que se nutrían las narrativas nacionalistas, los iberismos, tras el fracaso del Sexenio, fueron perdiendo espacio frente a otros modelos de regeneración transnacional más historicistas y que, al plantearse en términos de historia o civilización, no exigían resultados políticos visibles: nos referimos a los hispanoamericanismos. Sin embargo, ha pervivido en los imaginarios de todas las culturas políticas españolas –no así en las portuguesas, donde incluso el republicanismo tomó un cariz antiiberista desde finales del siglo XIX–, cuya noción identitaria, sea centralista o federal, proyecta determinada idea de particularidad de lo ibérico.

En el plano cultural, la noción de espacio geográfico homogéneo o compartido contribuyó a movilizar asociaciones, publicaciones, traducciones o viajes que vinieron a cuestionar el tópico nacionalista de las *costas voltadas*[70]. Estos acercamientos han tenido un movimiento de acordeón, hasta alcanzar el último punto relevante en autores como José Saramago o Eduardo Lourenço. A ello podríamos añadir el ámbito académico de los *Cultural studies*, protagonizado en los últimos años por los *Iberian studies,* que abordan cuestiones peninsulares más allá de la alteridad estatal[71]. También se han producido cambios significativos en el ámbito historiográfico, en el que han proliferado estudios comparados y perspectivas peninsulares que trascienden de las narrativas nacionalistas[72].

En último lugar, cabría destacar el creciente interés por elementos simbólicos o imaginarios que han tenido un papel determinante en la configuración de las identidades nacionales en los dos últimos siglos. Nos referimos a la noción de habitar un espacio característico, limitado y único: la Península. Sin embargo, esta noción no emana de forma natural de la experiencia humana, sino que está condicionada por una forma determinada de entender la relación entre espacio, tiempo y nación. Tras las revoluciones liberales, hubo que acomodar esa mirada a los nuevos patrones nacionales, elaborar una lectura patriótica de la geografía y extenderla. Hubo que determinar los límites de la nación y delimitar en el espacio el sentido de lo *natural*.

70. Ver César Antonio MOLINA, *Sobre el iberismo, y otros escritos de literatura portuguesa,* Madrid, Akal, 1990; Antonio SAÉZ DELGADO, *Literaturas entrelazadas. Portugal y España, del modernismo y la vanguardia al tiempo de las dictaduras,* Berlín, Peter Lang, 2020; ídem y Santiago PÉREZ ISASI, *De espaldas abiertas. Relaciones literarias y culturales ibéricas (1870-1930),* Granada, Comares, 2018.

71. Esther GIMENO UGALDE y Santiago PÉREZ ISASI, "Lo ibérico en los Estudios Ibéricos: meta-análisis del campo a través de sus publicaciones (2000)", en Núria CODINO SOLÁ y Teresa PINHEIRO (eds.), *Iberian Studies. Reflections Across Borders and Disciplines,* Berlín, Peter Lang, 2019, pp. 23-48.

72. César RINA SIMÓN, "El redescubrimiento del iberismo y las teorías modernas de la nación: un análisis comparado de las historiografías peninsulares", *Anos 90,* 28 (2021), pp. 1-17, https://doi.org/10.22456/1983-201X.111892.